

UN PINTOR ENSIMISMADO: LUIS LOBO PARGA

ENRIQUE SOLANICH S.*

HACE DIEZ AÑOS fallece el artista Luis Lobo Parga (1920-1992). Al año siguiente el Instituto Cultural de Providencia organiza la primera y única retrospectiva realizada a la fecha. Con el propósito de no olvidar a los pintores que han desempeñado una tarea importante y valiosa para las artes visuales chilenas, se rescata –para la memoria cultural– parte de lo escrito en el catálogo que acompaña la exhibición, más otras reflexiones que imponen la instalación de su producción en la historiografía artística al paso del tiempo.

La historia del arte se construye con el aporte de fogosas personalidades, grupos generacionales, artistas foráneos que se afincan en el país y proyectos visuales que por diversas circunstancias quedan en ámbitos restringidos, sin alcanzar la divulgación pública y reconocimiento colectivo. En ocasiones lo afirmado sucede porque dichos artistas exponen sus obras con mesura y largas pausas y, además, le imprimen a esa actitud el recato y la discreción intelectuales. El silencio del taller y la introspección son, a veces, mejores compañeros para la faena creativa que el tentador mundanal. Ese recogimiento, no obstante, ejerce influjos y despierta respeto por el rumbo otorgado a la existencia y a la creación plástica propias.

Luis Lobo Parga es un ejemplo de la situación descrita. Las exhibiciones de su trabajo son las justas para demostrar su labor permanente y los museos del país conservan las obras precisas que sancionan su aporte a la pintura. Sin embargo, el público de arte no conoce a plenitud su tarea y el medio especializado inicia recién una sostenida percepción de ella.

*Magíster en Teoría e Historia del Arte, miembro de la AICA y profesor de las universidades de Chile, Diego Portales y Gabriela Mistral.

El intimismo es una tendencia derivada del impresionismo que prefiere las escenas domésticas o íntimas. En formatos pequeños o medianos, da cuenta de objetos, adornos o utensilios, rincones, recodos de jardines y caminos o anécdotas cotidianas, elevando a categoría de género pictórico el tranquilo acontecer casero. El pintor Jan Vermeer de Delft (1632-1675) es considerado un precursor por las escenas serenas y armónicas de la vida doméstica holandesa del siglo XVII, apreciado por la composición, el uso de la perspectiva y los tratamientos de las luces, pero, sin dudas, el vocablo precisa la obra de los franceses de entre siglos, Pierre Bonnard (1867-1947) y Edouard Vuillard (1868-1940).

Si bien el intimismo no es una postura elocuente en la pintura chilena, se puede señalar pintores proclives al género que le confieren cierta continuidad. En efecto, comenzado el siglo XX se destaca Rafael Valdés Vásquez (1884-1924) y, en décadas siguientes, Pablo Burchard (1873-1964), Carlos Pedraza (1913-2000) y Adolfo Couve (1940-1998).

ESBOZO BIOGRÁFICO ESENCIAL

Nace en Santiago el 19 de junio de 1920. Sus padres son Lorenzo Lobo, abogado y profesor de Derecho Social en la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica de Chile, y Palmira Parga. Es cuarto hijo de un grupo de seis hermanos, integrado por Lorenzo, escultor; Fernando, abogado e importante coleccionista de arte; Gabriel, médico; Tola, la única mujer y Eugenio, ingeniero civil.

Entre 1926 y 1938 realiza estudios de preparatorias y humanidades en el Instituto Luis Campino y Liceo San Agustín. En la década del cuarenta, desde 1943 asiste al curso vespertino de dibujo en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile impartido por Enrique López. Definida su vocación, decide proseguir clases con Pablo Burchard y Laureano Guevara (1889-1968). La formación artística que adquiere es muy completa y enriquecida con su integración en el Grupo de Estudiantes Plásticos, avanzada juvenil que remoja el quehacer de arte y procura las innovativas estéticas, acorde a los tiempos que se viven. Entre otros inquietos como él están Juan Egenau (1927-1987), José Balmes (1927), Gustavo Poblete (1915) y James Smith (1924).

A Pablo Burchard, personalidad gravitante en su ulterior desarrollo como pintor y docente, le debe mucho. Según propia confesión, el maestro lo "puso en contacto con un mundo diferente, al que no estaba acostumbrado a ver en otras exposiciones y muy diferente del objetivo que me circundaba. Estaba más cerca de la poesía; su pintura no era un reflejo de la naturaleza sino que era una naturaleza diferente y muchos de sus cuadros se resolvían en

interrogantes sin respuestas o con infinitas respuestas"¹. Del taller de Pintura Mural con Laureano Guevara valora la enseñanza recibida: "Me inició en las disciplinas de la pintura mural y de las vidrieras. Era un enamorado de la pintura al fresco y el Cinquecento italiano se le había quedado en las pupilas y el corazón"².

Tiempo después, con más de cincuenta años, se refiere a la lección e incidencia de Burchard en su vida: "Parecía que él también oía a la naturaleza en sus más puros secretos más que la veía, y así me fue enseñando a conversar con la niebla, con las sombras y las cosas; las hojas amarillas y los moros; seguir con la mirada a un villano que silenciosamente llevaba el viento por sobre los barrancos y los cerros; ver el humo que salía de las casas campesinas, las nubes y las dunas, la creación toda fue pasando a través del pincel a la tela, así surgió mi pintura, ese producto del sedimento de vivencias, decantado desde mi niñez en mi espíritu, despertado por la voz del maestro que le dijo: ¡levántate, un pincel te espera!, ¿es buena o es mala?, no sé, sólo sé que es la mía porque se desarrolló conmigo desde mi primera infancia y ha sido mi confidente, mi consejera y en las horas de dolor la más fiel compañera"³.

En 1949 realiza su primera exposición individual en la Galería del Pacífico. Es nombrado profesor ayudante del curso de Pintura Mural, comenzando una fructífera labor docente. En su afán por indagar con nuevos materiales y verter su capacidad creativa a través de diversos medios o disciplinas, decide agregar a su formación cursos de Esmalte sobre Metal y Artes del Vidrio que prosigue en la Escuela de Artes Aplicadas, con José Perotti (1898-1956) y Héctor Banderas (1903-1988), respectivamente, durante los años 1952 y 1955.

Entre 1952 y 1962 imparte clases de Pintura y Esmalte sobre Metales en la Escuela Experimental de Educación Artística de Santiago y desde 1953 hasta 1963 es profesor de Dibujo en los cursos de Humanidades del Colegio San Pedro Nolasco. A partir de 1959 es nombrado profesor de Pintura en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile, docencia que culmina en octubre de 1984, cuando se acoge a jubilación. En ese período se desempeña, además, como director del Departamento de Pintura, en 1975, y del Departamento de Artes Plásticas, entre 1982 y 1984.

Las exposiciones que realiza son escasas. En 1965, después de quince años, exhibe sus trabajos recientes en la Sala Libertad, en los meses de noviembre y diciembre, y en 1966 organiza una retrospectiva de veinte años de labor en la Sala de Exposiciones de la Universidad de Chile, en octubre y noviembre.

¹Lobo Parga, Luis. "Algunos aspectos del desarrollo de mi espacio interior", Santiago, *Revista de la Facultad de Artes*, Universidad de Chile, 1982, p. 58.

²*Op. cit.*, pp. 59 y 60.

³*Op. cit.*, p. 59.

En el año 1968 visita España. La Fundación Gervés y Cabrero le otorga una beca para residir un año en la península. Viaja con su mujer y los cuatro hijos y perfecciona sus estudios de Vidriera en Técnicas Modernas y Muros de Luz, con el maestro Perfecto Mateo y se inscribe en un curso de arte sacro. Recorre ese país con ahínco y curiosidad y su mirada se detiene en las arquitecturas pétreas, los paisajes de las sierras, las fiestas regionales y la vida cotidiana de pueblos y ciudades. España le impone sus distintas y encontradas realidades, para abrir su registro visual a múltiples posibilidades pictóricas, que enriquecen su retina. Incrementa su cultura plástica y define un camino estilístico que inicia la distancia con los maestros formadores.

Parte de esa labor la muestra en una exposición de octubre de 1974 en la Sala de Exposiciones del Ministerio de Educación. Tres años después, en 1977, el Museo de Arte Contemporáneo organiza una muestra de su labor en pintura. El texto de catálogo tiene un epígrafe bíblico del Génesis 1: “Dijo Dios: Haya luz y hubo luz. / Y vio Dios ser buena la luz, y la separó de las / tinieblas; y a la luz la llamó día, y a las tinieblas / noche, y hubo tarde y mañana, día primero”⁴.

En 1979 la revista *El Arco y la Lira*, que edita la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, publica su ensayo “El arte sacro y el artista”, escrito que resume su ideario ético y artístico. Importa destacar un párrafo: “El pintor también debe sugerir lo desconocido, lo presentido. Mientras más se intensifica el misterio, más nos sobrecoge la impresión de lo sagrado”⁵. Otro texto de gran valía es la tesis elaborada para obtener en 1981 el grado académico de Licenciatura en Artes Plásticas con mención Pintura, llamada “Algunos aspectos del desarrollo de mi espacio interior”. Por la relevancia de su contenido se publica un resumen en la *Revista de Artes*, que patrocina la Facultad de Artes, el año 1982.

El mismo año es invitado a participar en la Segunda Exposición Itinerante, Norte y Sur, de Pintura Chilena Contemporánea, que organiza el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, muestras que recorren cuarenta ciudades del país, durante dos años. Dos exposiciones realiza antes de morir. En 1987 –mes de octubre– expone en la Fundación Nacional de la Cultura y en 1988 –octubre y noviembre– en la Posada del Corregidor.

La docencia ocupa parte central de su actividad. Recuérdese sus nombramientos como profesor en el Colegio San Pedro Nolasco, en la Escuela Experimental de Educación Artística y en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile. En ese oficio y en esas instituciones se esmera con la

⁴Catálogo exposición Luis Lobo Parga, Museo de Arte Contemporáneo, Santiago, Universidad de Chile, septiembre 1977.

⁵Lobo Parga, Luis. “El arte sacro y el artista”, revista *El Arco y la Lira*, Santiago, Facultad de Bellas Artes, Universidad de Chile, N° 3, 1979, p. 18.

vocación de un apóstol y transfiere, más que conocimientos, los ideales humanistas que signan su visión del mundo.

Son muchos los que recuerdan sus clases, testimonios también de una entrega generosa a la pintura y a las meditaciones en torno al arte. Ilustrativos son los conceptos con que se refiere a esa función: "La docencia también ha contribuido generosa en el desarrollo de mi persona y de mi obra. El aporte de la gente joven, su opinión incontaminada de compromisos o intereses ajenos al arte resulta esencialmente enriquecedora. Su actitud ante el mundo de las formas tiene una curiosidad primigenia de Adán ante el mar, los montes, la noche o la mujer. Se ubican ante lo desconocido, se deslumbran y luego surgen las interrogantes de donde se desprenden reflexiones y comentarios que dan acceso a dimensiones y latitudes insospechadas"⁶.

LA PINTURA COMO ESPEJO DE SÍ MISMO

Luis Lobo Parga pertenece al grupo de artistas que emergen en la década del cincuenta. Formados en los estimulantes años cuarenta, casi todos asumen la pintura como un camino de realización personal, entendiendo que las opciones y variantes plásticas se han expandido como nunca en los ámbitos visuales y teóricos. Son, entre otras, las consecuencias estéticas inmediatas del fin de la Segunda Guerra Mundial y del proceso de transferencias culturales y revisiones críticas a que queda sometida la historia del arte, consolidando artistas de comienzos de siglo como maestros del siglo, descartando a otros y valorando las vanguardias y sus manifiestos.

Poco les importa ahora a los artistas atender los circuitos establecidos del arte, sus salones oficiales o la misma enseñanza de la academia, dada la preeminencia que cobra la definición individual y la relación que cada uno establece con su entorno próximo y sus referentes directos. En otras palabras, a partir de la realidad que el pintor vive se cuestiona el arte y el propio arte, se sopesan los condicionamientos históricos y sociales y escudriñan las alternativas plásticas a la mano, posibles de afrontar conforme son sus creencias y concepciones de vida.

Temprano, Lobo Parga se orienta a los temas del intimismo, sea de interiores domésticos o exteriores que evocan la vida familiar. Su técnica demasiado personal y los medios como el óleo, el gouache, la témpera y el temple le facilitan conferir a sus trabajos cierta calidad mate propia de los frescos. No cesa de pintar paisajes conocidos y revistos en su infancia, adolescencia, vacaciones o viajes, floridos jardines –privados o públicos–, terrazas, niños jugando, animales domésticos –gatos, perros, gallineros– y hato de anima-

⁶Lobo Parga, Luis. *Op. cit.*, p. 62.

les. Así como comedores, dormitorios, corredores y galerías de moradas en las cuales se recogen y registran escenas de la vida hogareña o, si se quiere, panoramas diarios de la insípida vida burguesa, que el pintor presenta cual seducido por la cotidianidad.

En todos los lugares donde asiste ejercita el oficio de ver. Lo que su mirada atiende le despierta un encanto y visión lírica sin par que le permite reencontrarse con sí mismo —y de paso— retratar una época, una sociedad y costumbres de vida hecha de la continencia y el recato. Ronda en su yo el sentimiento que la belleza rodea al hombre, sobre todo en los recodos humildes y desprovistos de pompas o enjundias visuales. Los temas de su pintura no se buscan ni arman. Están allí a los ojos de los escogidos y privilegiados que saben de los atractivos de la naturaleza y sus criaturas. Por ello, su pintura es una sumatoria de trozos en las que los diálogos con los objetos y los rincones del entorno se convierten en sucesos estéticos propios de un contemplativo.

Su registro cromático es sobre la base de sutiles armonías de grises y tonos velados, pero siempre colorista y suntuoso que le imprime a todas sus recreaciones formas tan matizadas y sugerentes que envuelven los contornos y dibujos en atmósferas quietas. Fiel y atento a la luz, ésta le revela realidades deslumbrantes que facilitan la retención de fragmentos de mundo en los que el tiempo parece no transitar. Una sensación de queda preside su modo de ver, sensible a las atmósferas y cambios lumínicos y, al mismo tiempo, enérgico para apresar en la vista y en la memoria la trascendencia de momentos de embelesamientos y dolorosas caducidades.

Las reseñas a su trabajo en las publicaciones sobre arte chileno aumentan de manera gradual. Dos ediciones distantes en el tiempo lo confirman. Antonio R. Romera (1908-1975), en *Historia de la pintura chilena*, es de los primeros en describir su pintura. En breves líneas indica que se trata de “espíritu sensible, que sugiere las cosas en sus tonalidades sobrias y grises. Lobo Parga ve las cosas como un conjunto de masas cromáticas que ocultan el rigor del dibujo. Es el suyo un espíritu reflexivo y estudioso, siempre en evolución”⁷.

Dos décadas y medias después Isabel Cruz, en *Historia de la pintura y la escultura en Chile desde la Colonia al siglo XX*, amplía las informaciones. Tras cortos antecedentes formativos y biográficos, apunta que “dedicado a la pintura de interiores, de sencillas naturalezas muertas y plásticas figuras sumergidas en el quehacer o en la meditación, en sus cuadros se respira una atmósfera animada por matices sentimentales que recuerdan a Bonnard y

⁷Romera, Antonio. *Historia de la pintura chilena*, Santiago, Editorial Zig-Zag, 1960, segunda edición, pp. 148 y 149.

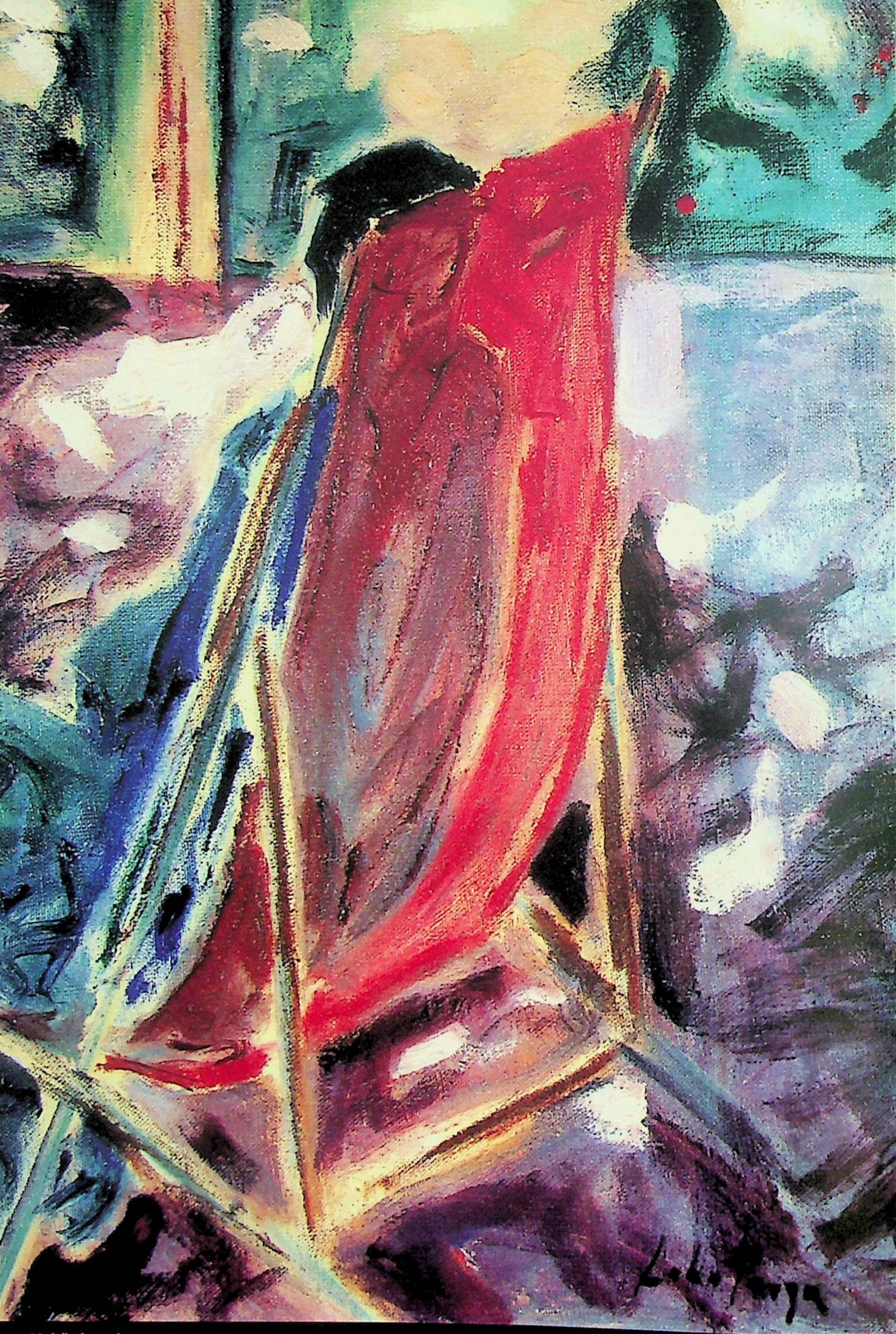
Vuillard, los grandes intimistas franceses⁸. Otras lecturas se encuentran en los catálogos de sus contadas exposiciones con estimaciones similares.

Tal vez el estudio riguroso de su producción recién comienza. Pasados diez años de su muerte, se intenta ordenar lo ejecutado a partir de obras que no fueron datadas, tituladas o firmadas, pero que los imaginarios propuestos permiten una primera aproximación razonada, con los suficientes documentos iconográficos y metodología rigurosa para sancionar en un juicio concluyente a un artesano inquieto, afanoso y ensimismado.

El examen de los trabajos de Luis Lobo Parga, en técnicas diversas y temas curiosos, indica las constantes que lo informan y orienta al estudioso hacia las claves que las develan. Una es irrefutable. Se liga a la asunción plena de hombre perteneciente a un tiempo y espacio determinados, momento en que la tarea creativa asoma como un gesto revelador de una postura que no reconoce modas, dogmas ni principios inflexibles. Las circunstancias temporales en que vive, ni modifican o transan su proyecto iconológico, urdido en la trama de la sigilosa observación de los alrededores y el vuelo lírico de su elevada fantasía.



⁸Cruz, Isabel. *Historia de la pintura y escultura en Chile desde la Colonia al siglo XX*, Santiago, Editorial Antártica, 1984, p. 409.



"Sola", óleo sobre cartón, 50 x 40 cm, 1980.



"Recreo 1987, verano", óleo sobre tela, 79 x 81 cm, 1987.



"El parque", óleo sobre tela, 70 x 100 cm, 1991.



"Labores", óleo sobre tela, 60 x 80 cm, 1992.



"Se nos va el verano", témpera sobre cartón, 58 x 88 cm, 1992.



"Que se nos va la Pascua", óleo sobre tela, 73 x 50 cm, 1998.